

cado en aquel momento solemne, y que me concedieron que nada callase á sabiendas. Con vacilante paso, pero con una confianza filial en la bondad divina, acerquéme al confesonario, y allí esperimenté de nuevo la eficacísima virtud de la gracia, sin sentirme cortado de vergüenza, y en general sin necesidad del menor esfuerzo: confesé todos los errores de mi vida, y despues de haber recibido la absolucion, me volví á mi casa con la firme confianza de que todos mis pecados quedaban perdonados. El dia siguiente por la mañana, tuve la indecible felicidad de verme incorporado á la sociedad real de Jesucristo y de su Iglesia, por medio de la recepcion de la Santísima Eucaristía, y sentí desarrrollarse en mí, con la práctica de las virtudes, una energía por la cual en vano habia suspirado hasta entonces.”

SILVIO PELLICO.

¿Quién no ha oido hablar de Pellico, de el suave y lastimero acento que, desde el tenebroso rincón de un calabozo, nos habla de las inefables dulzuras, de las hechiceras armonias de la santa religion católica? El lugar de tan eminente escritor, cuyas páginas, que están lle-

nas de un purísimo amor hácia Dios y para con los hombres, han conducido á tantas almas á la senda de la verdad, estaba señalado en nuestra coleccion de antemano. Vamos á limitarnos á extraer de sus escritos algunos pasajes que no podrán menos de inspirar el deseo de conocer mejor á un autor tan puro y tan profundamente cristiano.

“¡La primera vez que despertamos en una cárcel es cosa horrible! ¡Será posible! díjeme haciendo memoria del lugar en que me encontraba; ¡será posible! ¡yo aquí! ¡y que esto no sea un sueño! ayer me prendieron, ayer me sometieron á ese largo interrogatorio que habrá de proseguir mañana. . . . ¿Y cuando tendrá término? . . . ¡Ayer noche fué cuando, antes de dormirme, lloré pensando en mis padres!

El sosiego, el silencio absoluto, el breve sueño que habia reparado las fuerzas de mi mente parecian haber hecho cien veces mayor en mí la posibilidad de padecer. En medio de esta total carencia de distracciones, la aficcion de todos aquellos seres á quienes amaba, y sobre todo la de mi padre y de mi madre cuando llegase á saber mi prendimiento, pintábase en mi imaginacion con increíble fuerza.

En éste instante, decíame para mí, están durmiendo todavía tranquilos, ó están despiertos y acaso piensan con satisfaccion en su hijo! ¡léjos están de sospechar donde me hallo! ¡Oh cuán venturosos serian con que les sacase Dios de este mundo antes de que llegase á Turin la noti-

cia da mi desgracia! ¿Quién les dará vigor para que puedan sobrellevar ese golpe?

Una voz interior pareció contestarme: “¡Aquél á quien todos los afligidos invocan, aquél á quien aman y que dentro de sí mismos sienten! Aquél que dió á una madre la suficiente fortaleza para seguir á su hijo hasta el Gólgota, para estarse al pié de su cruz! ¡el Amigo de los infortunados, el Amigo de los mortales!

Esta fué la primera vez que la religion triunfara en mi alma; al amor filial debí tamaño beneficio. Hasta entonces sin ser enemigo de la religion, poco y mal la observaba. Aquellas vulgares objeciones con que se acostumbra combatirla, parecíanme destituidas de solidez, y sin embargo debilitaban mi fé mil sofisticas dudas.

Desde mucho tiempo hacia ya no recaian sobre la existencia de Dios estas dudas, pues me decia yo que si Dios existe, debe, por su justicia, conceder otra vida al hombre que padece en un mundo tan injusto; de lo cual resulta la necesidad en que está todo hombre racional de aspirar á los bienes de esa otra vida, y de lo que resulta igualmente la necesidad de amar á Dios y al prójimo y de aspirar continuamente á perfeccionarse por medio de nobles sacrificios. Hacia ya mucho tiempo que me decia todo esto, y que agregaba: ¡Ay! ¿que otra cosa es el cristianismo sino esa perpetua aspiracion á hacerse perfecto? Y asombrábame de que siendo la esencia del cristianismo tan pura, evidente-

mente tan filosòfica é inatacable, hubiese habido una época en que la filosofia se hubiera atrevido á decir: “En lo venidero yo reemplazaré al cristianismo.—¿Y cómo le reemplazarás?... ¿Enseñando el vicio?—No, sin duda.—¿Enseñando la virtud? Pues bien, esa enseñanza se reducirá al amor de Dios y del prójimo, y eso precisamente es lo que enseña el cristianismo.”

Aun cuando fuesen estos mis sentimientos desde muchos años hacia, confieso con vergüenza mia, que evitaba ir á parar á esta conclusion: sé, pues, consecuente contigo mismo; sé cristiano; deja de escandalizarte de unos cuantos abusos; no te irrites ya contra algunos puntos difíciles de la doctrina de la Iglesia, supuesto que el punto esencial es clarísimo: “ama á Dios y al prójimo.”

En mi cárcel fué donde por fin me resolví á deducir estas consecuencias, y las deduje. Vacilé algún tiempo reflexionando en que, si se llegaba á saber que era mas religioso que antes, se me tendria por un hipócrita, por un hombre envilecido por la desgracia. Pero conociendo que no era hipócrita ni envilecido, tuve á punto de honor no inquietarme de las censuras en que pudiera incurrir sin merecerlas, y resolví ser cristiano en lo venidero, y declararlo á voz en cuello.

Puse en práctica esta resolucion mas adelante, pero comencé á meditarla, y por decirlo así á quererla desde aquella primera noche de mi cautiverio....

Habiendo leído cierto día, que es necesario orar continuamente, que la verdadera oración no consiste en proferir muchas palabras, sino en adorar á Dios con sencillez en nuestras palabras y acciones, y en hacer que unas y otras sean el cumplimiento de su voluntad santa, propúseme dedicarme seriamente á esa oración continua, es decir, á no permitir ya que abrigase mi mente un pensamiento que no estuviese animado del deseo de conformarme con los decretos del Altísimo.

Mis oraciones fueron siempre cortas, no ya por menosprecio, porque las creo por el contrario infinitamente salutíferas, á unos mas, á otros menos, para fijar la atención cuando se ora, sino porque por naturaleza no puedo rezar mucho sin que se olvide mi imaginación y se abandone á una multitud de distracciones.

El cuidado que tenía en estar incesantemente en presencia de Dios, lejos de cansarme el espíritu y de ser un motivo de ansiedad para mí, era al contrario un ejercicio lleno de dulcedumbre. No perdiendo jamás de vista que Dios está siempre á nuestro lado, que está con nosotros, ó mas bien, que estamos nosotros en él, cada día iba la soledad perdiendo para mí mas y mas sus horrores. “¿No me encuentro acaso, decía yo con frecuencia para mí, perfectamente acompañado?” Entonces poníame mas tranquilo y entonaba en voz baja algunas cantatas con gusto y con ternura.

¿Pues bien! decía en mi mente. ¿No habría

podido suceder que me viese atacado de alguna enfermedad que me hubiera conducido al sepulcro? Los que me aman, despues de abandonarse á la pena por haberme perdido, habrían sin embargo encontrado poco á poco, fortaleza para resignarse. Una cárcel en vez de sepulcro, me ha tragado; ¿debo creer que en este caso, no les conceda Dios la misma fortaleza?

Mi corazón hacia los mas ardientes votos por aquellos seres. Sin embargo lloraba yo, empero no carecian de dulzura aquellas lágrimas. Alimentaba plena confianza en que Dios á todos nos tendria, y no me he engañado.....

Resignarme á todo el horror de un dilatado encierro en la cárcel, resignarme al cadalso, no era cosa superior á mis fuerzas; pero resignarme al dolor inmenso que sentirian mi padre, mi madre, mis hermanos y hermanas, ¡ay de mí! para esto no bastaban mis fuerzas.

Prosternéme entonces en tierra, y con un fervor que jamás tuviera, proferí esta plegaria:

“Dios mio, todo lo acepto de tu mano; dignate conceder la suficiente fortaleza á aquellos á quienes era necesario para que como tal cesase de reputarme; ¡no permitas que la vida de ninguno de ellos se abrevie por eso un solo instante!”

¡Oh beneficios de la oración! Por espacio de muchas horas tuve el espíritu elevado á Dios y aumentábase mi confianza á medida que meditaba en la bondad Divina, á medida que medi-

taba en la grandeza del alma humana cuando se desprende de su egoismo y se esfuerza en no tener mas voluntad que la de la sabiduría infinita.

Sí, eso es posible, y es un deber del hombre: la razon; que es la voz de Dios, nos dice que es necesario que á la virtud todo lo sacrifiquemos; y seria completo el sacrificio que á la virtud debemos, si en los mas dolorosos accidentes luchásemos contra la voluntad de Aquél que de toda virtud es el origen, el principio?

Cuando la muerte, ó cuando cualquier otro tormento es inevitable, abrigar un temor cobarde y no caminar bendiciendo al Señor, al peligro, es una señal de ignorancia ó de una degradacion deplorable. Es preciso que consintamos no solo en nuestra propia muerte, sino en la afliccion que costará ésta á aquellos á quienes amamos. Lo que únicamente nos es lícito, es pedir á Dios que nos mitigue esa afliccion y que siempre le estemos sumisos. Una oracion de esta naturaleza es siempre atendida."

No siempre conservó Silvio estas admirables disposiciones; aguijado por sus padecimientos, sus congojas, las torturas morales que sentia, dió entrada en su corazon á la exasperacion y al despecho.

"Habia perdido, dice, aquella calma habitual que creia haber adquirido en Milan, y por espacio de muchos dias desesperé de recóbrarla; fueron dias infernales. Entonces me dejé de orar, dudé de la justicia de Dios, maldije á los

hombres y al universo entero y agitá en mí mente todos los posibles sofismas sobre la inutilidad de la virtud.

El hombre que estando en la desgracia se abandona á la rabia vuélvese horriblemente ingenioso en calumniar á sus semejantes y hasta el Criador mismo. La ira es mas inmoral y mas perversa de lo que comunmente se piensa; no puede el hombre estar rugiendo desde que sale el sol hasta que se pone por espacio de semanas enteras, y el alma mas esclava del furor tiene necesariamente algunos intervalos de descanso; estos intervalos quedan todavía ordinariamente afectados de la inmoralidad que les precediera; parece entonces que está uno en paz, pero esta paz es malvada é impía; es una sonrisa salvaje, sin caridad ni dignidad; es un amor de desórden, embriaguéz y sarcasmo.

En esta situacion contaba por espacio de horas enteras con una especie de exagerado júbilo extraño á todo recto sentimiento; chancéábame con todos los que entraban á mi cuarto, y esforzábame en considerarlo todo con una sagacidad vulgar, con la sagacidad de los cínicos; esta época espantosa duró poco, siete ú ocho dias.

Mi biblia estaba cubierta de polvo; uno de los hijos del carcelero me dijo haciéndome caricias: "Desde que vuestra señoría ha dejado de leer ese librajó viejo, no está ya, á mi parecer, tan melancólico."

—¿Ese es tu parecer? preguntéle. Y tomando la biblia, quitéla el polvo con mi pañuelo; la

abrió al acaso, y presentáronse estas palabras á mis ojos:

1. *Et ait ad discipulos suos: Impossibile est ut non veniant scandala: jux antem illi per quem veniunt!*

2. *Utilius est illi si lapis molaris imponatur circa collum ejus, et projiciatur in mare, quam, ut scandalizet unum ex pusillis istis. (1).*

Sorprendióme la circunstancia de haber ido á dar con estas palabras, y avergonzéme de que aquel niño hubiese echado de ver por el polvo de que estaba cubierta mi biblia, que habia dejado de leerla, y de que pensara que me habia vuelto mas amable desde que no pensaba en Dios.

—¡Bribonzuelo! díjele reprendiéndole con dulzura y afligidísimo por haberle escandalizado; este libro no es un libraje viejo, y desde que he dejado de leerlo, me he vuelto mucho mas perverso que antes. Cuando tu madre te da licencia para que te estés conmigo un instante, procuro desterrar de mí el mal humor, pero no sabes tú cuanto me domina á mis solas, cuando canto como un furioso.

Luego que se hubo ausentado el chico experimenté cierta alegría por haber vuelto á tomar la biblia y por haber confesado que sin ella era

(1) 1. Jesus dijo á sus discípulos: Es imposible que no venga escándalo, ¡pero ay de aquel por quien el escándalo viniere!

2. Valdría mas para él que fuese arrojado al mar con una piedra de molino atada al cuello, que escandalizar á uno de estos párvulos. S. Luc., cap. 17 v. 1.

mas perverso. Figurábaseme que acababa de dar satisfaccion á un generoso amigo á quien injustamente ofendiera, y que con él me habia reconciliado.

“¡Con que te habia yo abandonado, Dios mio! esclamé; ¡y me habia pervertido, y habia podido llegar á creer que la infame risa del cinismo estaba bien á mi situacion desesperada!”

Pronuncié estas palabras con una emocion indecible; coloqué la biblia en un asiento, me arrodillé en el suelo para leerla, y yo que tan dificilmente lloro me deshice en llanto.

Estas lágrimas me fueron mil veces mas gratas que todo aquel júbilo animal á que me habia abandonado antes. Sentia que se ejercia de nuevo en mí la influencia divina, echaba de ver que amaba á mi Criador, arrepentíame de haber ultrajado con el hecho de degradarme, y protestaba que nunca me apartaria de él! ¡no, nunca!

¡Oh cuánto un paso hácia la religion eleva el alma y la consuela!

Estúveme leyendo y llorando por espacio de mas de una hora, y levantéme lleno de confianza en que Dios estaba conmigo y en que me habia perdonado mi locura. Entonces mis desdichas, los tormentos que me causaba el proceso que se me seguia y el suplicio que me amagaba parecióronmeme poca cosa. Alegréme de padecer porque encontraba en ello la oportunidad de desempeñar un deber, por-

que obedecía al Señor, si con resignacion padecia....

Habiéndose suscitado estas reflexiones en mi mente, reiteré la resolucion que habia tomado de normar á los principios evangélicos mis pensamientos sobre todas las cosas humanas, mis opiniones sobre los progresos de la civilizacion, mi filantropía, mi patriotismo y todos los afectos de mi alma.

Los pocos dias que habia pasado en el olvido de Dios me habian sumamente mancillado; por espacio de mucho tiempo resentí los efectos de aquel estado y costóme infinito trabajo destruirlos. Cada vez que cede el hombre un tanto cuanto á la tentacion de envilecer su inteligencia, cada vez que se deja ir á la tentacion de contemplar las obras de Dios por entre el prisma infernal de la mofa y que cesa de poner en práctica el benéfico ejercicio de la oracion, el destrozo que en su propia razon opera dispónese á que con facilidad reincida. Por espacio de muchas semanas, fuertes pensamientos de incredulidad me asaltaron y tuve que emplear, en repelerlos, todas las potencias de mi alma.

Cuando hubieron cesado estos combates, cuando juzgué que me habia vuelto á robustecer en el hábito de honrar á Dios en todos mis actos voluntarios, disfruté durante algun tiempo, de una paz gratisima."

Habiendo sido Silvio trasladado al Spielberg, todavia tuvo que sostener violentos comba-

tes en los cuales el amor divino y la fé siempre triunfaron. Aconteció que cayese gravemente enfermo y tuvo la felicidad de entablar relaciones de amistad con otro preso llamado Orboni, que encerrado en un calabozo contiguo, sobrellevaba con una invencible paciencia los dolores que una dilatada enfermedad le ocasionaba. Confióle Silvio sus crueles pesares.

"Aprovechemos, decíame Orboni, el poco tiempo que nos conceden para darnos mutuamente valor con el auxilio que la religion nos proporciona. Hablemos de Dios y excitémonos á amarle; acordémonos de que él es la justicia, la sabiduría, la bondad, la hermosura, y en fin, que él es cuanto excelente pudiéramos jamás imaginarnos. Asegúrote que no está lejos de mí la muerte, y te quedaria eternamente agradecido si contribuyeras á volverme, en estos mis postreros dias, tan religioso como toda mi vida hubiera debido serlo."

Y nuestras pláticas no tenian ya mas objeto que la filosofía cristiana, y las comparaciones que de ella hacíamos con las mezquinas y estrechas ideas del materialismo. Nos regocijábamos uno y otro al encontrar una concordancia tan perfecta entre el cristianismo y la razon; examinando las diversas comuniones evangélicas existentes, percibíamos que la Iglesia católica es la única que pueda hacer frente á la critica, que la doctrina de esta Iglesia consiste en los mas racionales dogmas y en la moral mas